

## Capítulo LXVIII.

Lo que idea un posadero ante la perspectiva de una bolsa  
llena de oro.

Maese Rapiña pasó la noche ideando el medio de ganar honradamente la bolsa que le habían ofrecido.

Si el ingenio no le ayudaba, tenía que valerse de segunda persona, y la idea de tener que partir con alguno el dinero, no le hacía ninguna gracia.

Por más que tuvo toda la noche en prensa la imaginación, no encontró medio alguno, por que lo más sencillo, que era entrar en su cuarto cuando estuvieran durmiendo, y darles pasaporte para el otro mundo, podía tener fatales consecuencias para su reputación de mesonero honrado.

La casualidad vino al día siguiente en su ayuda. En las primeras horas de la mañana llegó á la

puerta del meson un hidalgo portugués con cuatro criados.

Maese Rapiña no tardó en saber que el lusitano era todo un personaje.

Gobernador de una de las posesiones que los marinos portugueses habían conquistado en Africa, volvía á su patria con inmensas riquezas, y quería ostentar su magnificencia en las capitales de España, en donde tenía que hacer escala antes de llegar á su país.

Al ver que se entraba tanta fortuna por su casa, agotó maese Rapiña todo el repertorio de su galantería, y hospedó al extranjero en la mejor habitación de su meson, proponiéndose tratarle á cuerpo de rey.

Aquel hidalgo debía ser el instrumento de sus planes.

Por la tarde pidió permiso para hablar con él, y cuando se lo otorgó:

—Vuesa señoría,—le dijo,—me perdonará que sea entrometido; pero no hago más que cumplir con mi deber. Me han dado un encargo, y lo desempeño.

—¿Qué quiere el posadero?—preguntó el finchado huésped.

—No lejos de este sitio vive una dama muy principal, que ha tenido la suerte de veros al llegar á mi posada, no sé si curiosa ó interesadamente, que todo pudiera ser; acaba de mandarme un recado confidencial con su dueña para suplicaros que os digneis deteneros esta noche en la reja de su casa, porque, se-

gun ha dicho, tiene un hermano al servicio del rey de Portugal, y desea, si vos le conoceis, tener noticias suyas por vuestro conducto. Esto es lo que me ha dicho la dueña, y aun cuando yo adivine el proyecto de su empeño amoroso, que no me maravilla, porque vuesa señoría parece formado para enamorar á las damas, he creído deber trasmitiros su ruego.

El portugués, pavoneándose:

—No sería la primera deidad que he rendido,— exclamó.—¿Dónde vive esa dama?

—Su casa dá á dos calles, pero desea veros por la ventana próxima al postigo. Si vuesa merced no lo lleva á mal, yo os guiaré hasta allí.

—¿A qué hora?

—A las ánimas; pero no estará demás que acompañen á vuesa merced los criados que ha traído con linternas y bien armados.

—Yo me sobro y me basto.

Es que si saben que acabais de llegar de Africa, supondrán que traéis mucho dinero, y no faltarán malhechores que os acechen.

El portugués creyó de buena fé la patraña del posadero y se prestó á acudir á la cita de aquella mujer cuitada á quien podía sacar de penas.

La mujer existía en efecto; pero no tenía nada de enamorada ni de ilustre.

Era una barragana á quien maese Rapiña indicó el papel que debería desempeñar, ofreciéndole en cambio una exigua retribucion.

Poco despues vió á Mendez y á Diego, que se dis-

ponían á partir, á quienes suplicó encarecidamente que volviesen aquella noche á las ánimas, porque ya que era la última que debían pasar en su compañía, quería darles una espléndida cena.

En aquel tiempo, cuando no había luna, las calles parecían bocas de lobo, y la en que estaba la posada más aún, por ser estrecha y de elevada altura los edificios que la formaban.

Al dar la primera campanada de las ánimas, el hidalgo, embozado en su tabardo, y seguido de los cuatro criados, salía con el posadero, que entretuvo el camino hasta que oyó á lo lejos pasos.

Cuando se apercibió de que sus dos víctimas eran los que venían:

—¡Detenéos!—dijo al hidalgo de pronto.

—¿Qué ocurre?

—¿No oís pasos?

—Sí por cierto, pero ¿qué importa?

—Son dos famosos bandidos que os esperan. Yo los conozco bien, porque siempre que saben que tengo algun huésped rico hacen lo que esta noche: le acechan para robarle, y si se resiste le asesinan.

El portugués retrocedió dos pasos.

—Haced que vuestros criados vayan á su encuentro, los provoquen y los maten. Si tal sucede, cuando se sepa que habeis librado á Sevilla de esos dos malhechores, os recibirán en todas partes en triunfo.

Halagado por esta última idea, dió el portugués órdenes á sus servidores de que se adelantasen y arremetiesen con aquellos dos hombres que se acercaban,

y desenvainando á su vez la espada, en vez de avanzar, retrocedió con el posadero.

Los criados, obedientes y en mayor número que los dos embozados:

—¡Alto ahí!—dijeron al acercarse á Diego y á Mendez.—¡Por aquí no se pasa!

Y al decir esto desenvainaron las espadas.

Sorprendidos los dos amigos, dieron un paso atrás, y pensando instantáneamente que aquellos hombres habian sido apostados para matarlos, porque veian con disgusto su próximo viaje:

—Son emisarios de nuestros enemigos,—dijo Mendez,—á ellos, y que perezcan á nuestras manos.

Los aceros se cruzaron, y al oír el ruido que produjeron, corrieron á refugiarse en la posada el valiente portugués y maese Rapiña.

Al empuje de Diego Mendez y Diego Colon, retrocedieron los criados.

Uno de ellos cayó exánime en tierra.

Otro huyó perseguido por Mendez, y Diego quedó luchando con dos.

Uno de ellos le alcanzó con una estocada, y cuando á las voces y al ruido de las espadas acudió gente, y poco despues la justicia, fué hallado en tierra.

El herido fué conducido á la posada, y la Santa Hermandad hizo investigaciones para saber la causa de aquella pendencia.

El portugués habló; pero para defender á sus criados dijo que yendo tranquilamente á pasear, aquellos dos hombres habian acometido á sus servidores.

La primera disposicion de la autoridad fué llevar preso á Mendez.

Pero al buscarle, se vió que habia desaparecido.

En efecto: en ménos tiempo del que se necesita para contarle, observó á Diego, vió que su herida no era de gravedad, que el desmayo habia sido producido por la pérdida de la sangre; oyó la conversacion de la justicia, y comprendiendo que necesitaba estar en libertad, se escabulló entre los alguaciles y cuadrilleros, y corrió á casa de don Fernando de Alvarado á comunicarle lo que pasaba.

—Partid inmediatamente,—le dijo don Fernando.—Un escudero os acompañará á caballo. Embarcaos, y no tardeis en ir á desempeñar la noble mision que os proponéis llevar á cabo. Yo me encargaré de cuidar al herido.

Poco despues puso en práctica Diego Mendez este consejo; don Fernando de Toledo se dirigió á la posada, en donde aún estaba la justicia buscando á Mendez, y presentándose al alcalde:

—Yo respondo,—le dijo,—del hombre á quien buscáis; y en cuanto al herido, queda aquí bajo mi proteccion. Id inmediatamente á buscar un médico.

En cuanto se dió á conocer don Fernando, fueron acatadas sus órdenes; el Galeno no tardó en llegar, y declaró que la herida no era grave.

Despues de vendar á Diego, fué puesto en unas parihuelas y conducido cuidadosamente al palacio de don Fernando de Toledo.

Gracias á esto pudo al dia siguiente, muy temprana-

no, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Montegudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colón.

## Capítulo LXIV.

Salvacion de los náufragos.

En medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un señalado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del país; habia ofrecido á sus compañeros el convencimiento de que aún tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla y aquella victoria habian dado tregua á las continuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.